

que el cine español no lo hacen quienes pensamos. ¡Qué va! Lo hacen 59 señores exclusivamente y de ellos, legalmente, sólo estos 14.

Uno se pregunta si el cine de los próximos años va a estar realizado exclusivamente por ellos. Si es así, los espectadores españoles se van a poner muy contentos y los festivales internacionales van a abrir sus puertas encantados. Una forma como se ve muy útil para solucionar una de las causas de la crisis del cine. Soluciones drásticas e indiscutibles. Por narices. ■ D. GALAN.

LAS MAXIMAS DE VALERO VICENTE

El señor Valero Vicente es miembro del Opus Dei hasta las cachas y además profesor. Se ha pasado 10 años escribiendo lo que «La Vanguardia» calificó de «primera propuesta española reformadora de la empresa». Dicha propuesta alborozó extraordinariamente a cientos de chicos (de gerente para arriba) que se reunieron en Marbella para charlar de sus cosillas. Andaban los managers preocupados por la realidad del país y así les dijo Valero:

—«No os preocupeis porque en verdad os digo que el bien común no es el bien de todos, ya que al ser una prerrogativa libre de los individuos alcanzar el pleno desarrollo en lo espiritual y en lo material, muchos individuos pueden optar por no alcanzar ese pleno desarrollo». Y los ánimos se serenaron y los empresarios, gerentes y consejeros delegados presentes se dijeron una vez más que eran los mejores y que los individuos de las Hurdes, los parados, los del salario mínimo y los canijos no tenían por qué disfrutar del bien común, ya que en el fondo disfrutaban con sus barraquitas, sus colas en las oficinas de empleo, los menús a base de patatas y su metro cincuenta de estatura.

—«También os digo—siguió Valero— que la empresa de hoy no es conflictiva "per se". La infiltración ideológica marxista, tan burda en ese aspecto, ha engañado a muchos». Y los asistentes dijeron que no, que a ellos no. Que ya sabían que la empresa no era conflictiva «per se», sino «per te», «per le» y «per aquéllos de allá» (o sea les enanés infiltrés).

—«Y también os digo —siguió Valero— que el conflicto irreductible entre capital y trabajo no existe». Y cuentan voces que un asistente le comentó a otro: «No, el conflicto no es irreductible. Yo lo reduzco en un santiamén».

La sala se venía abajo de los aplausos, oigan. ■ MAR.



CAROS VARONES DE CASTILLA

CON el gesto desmayado y la voz suavcita, el hombre de derechas me dijo: «No hay nada que hacer. El porvenir es de la izquierda». Pocos minutos después, el hombre de izquierdas, ceñudo, grave y solemne, me diría que «el porvenir es de la derecha». No parece que estemos en un país optimista. Pero, si. Otro de los de la derecha me explica: «En realidad, yo he sido siempre liberal. Y demócrata. Una democracia fuerte, ya sabe usted, como la de don Emilio o don Manuel». Esto es, Romero o Fraga. «Pero me cita usted dos hombres que no son de la izquierda...». «Ya lo serán, ya lo serán...». Como mi interlocutor tiene ribetes de filósofo, explica después: «En realidad, no hay personas de izquierda, ni personas de derecha. Hay situaciones de izquierda o situaciones de derecha. Y el verdadero patriota debe saber adaptarse a ellas. Es una cuestión de inteligencia. Yo seré lo que la situación me mande: la situación es la patria».

El hombre de izquierda es casi simétrico. «A mi no me importa que el porvenir sea de la derecha. ¡La derecha me comprenderá! Mire usted, hay hombres como don Emilio, o don Manuel...». «¿Es que usted los considera de la derecha?». «Y de la izquierda también. Son personas hábiles, rápidas. ¡Son incongruentes!».

Momento de silencio, momento de digestión. «¿Considera usted la incongruencia como una virtud?». «En un país incongruente, desde luego. Y ¿qué país no es incongruente? Sobre todo, en política, la incongruencia es un mérito». «Ustedes, las izquierdas, ¿son incongruentes?». «No, maldita sea, no. Pero no se apresure usted a calificarme como de izquierdas. Yo soy progresista, solamente. Es decir, partidario del progreso. Y el progreso es el porvenir. Si el porvenir es de derechas, lógico es que los progresistas...».

Y don Emilio, y don Manuel.

La velocidad con que los izquierdistas se preparan para insertarse en el porvenir de derechas, la facilidad con que las derechas se reconvierten para un futuro de izquierdas, puede hacer temer lo peor. ¡La guerra civil! Una guerra civil en la que los hombres de izquierda defenderían una situación de derechas, para no perder su tren, y los hombres de derecha ayudarían a las posiciones izquierdistas para adueñarse del futuro. Un desastre.

Claro está que el futuro no se reparte tan fácilmente. Lo que caracteriza al futuro esencialmente es que no existe. Pasa como el pasado. A veces tiene uno la sensación de que ni siquiera existe el presente, tan fácilmente se divide entre pasado y futuro, tan fácilmente se disfraza, o nos lo disfrazan. Hasta el tiempo se disfraza. Como don Emilio o don Manuel. A los cuales no quiero mal —¡yo no me juego el futuro tan fácilmente!— sino más bien admiro por sus capacidades políticas y labiales (de labia, no de labio). Son los otros los que ponen en ellos lo que no existe. En ellos y en otros muchos, claro está. Personajes típicos en situación típica. Claros varones de Castilla, diría Pérez del Pulgar. Y uno siente la tentación de modificar algo su frase: Caros varones de Castilla. ¿Qué será de ellos en este porvenir? Dan ganas de acercarse y preguntarles, «don Emilio, don Manuel, ¿qué van ustedes a ser de mayores?». ■

POZUELO

LA IMAGINACION Y LA ECONOMIA

La derecha tiene razones que la razón no entiende. Y es que la derecha se gusta a sí misma. Como suele tener el poder y siempre tiene el dinero, se cree ella —la derecha— que lo tiene todo. Ahora, como también tiene dificultades, ella —¿ella? ¿es femina la derecha? ¿es epicena?—

o ello resulta creer que también tiene inteligencia.

La última aportación en este sentido la ha realizado un comentarista español. Se llama Max Ebsstein y escribe como experto en cuestiones económicas. Y he aquí que don Max Ebsstein escribe en un periódico sobre la crisis económica y la imaginación. Parece que ha llegado la hora de la imaginación. Y don Max Ebsstein propone dos modelos imaginativos y un submodelo. El programa energético que formuló Nixon sería el primero de esos